





DÍAS SIN CAMINO



Germán Rodríguez

DÍAS SIN CAMINO



Primera edición: junio de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Germán Rodríguez

© Diseño de cubierta: Germán Rodríguez

ISBN: 978-84-18366-18-5

ISBN digital: 978-84-18366-19-2

Depósito legal: M-14381-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A ella.
Gracias y adiós.*



«No llores por mí.
No te apenes por mí.
Lee
lo que dejo escrito
y luego
olvidalo
todo».

CHARLES BUKOWSKI



Mis historias son resacas, son mugre, son en lo que me he convertido.



PRIMERA PARTE

Baila, baila, baila



1

Estaba sentada en el cordón leyendo un libro de Murakami, los autos le pasaban cerca pero a ella parecía no importarle. Sus lentes circulares le cubrían gran parte del rostro, aun así, se veía hermosa desde el otro lado de la calle. Me acerqué lentamente pensando demasiado en cada uno de mis pasos. Estiré el paquete de cigarrillos y tomó uno. Me alejé sin decir nada. «Necesito una cerveza», pensé. Volteé al llegar a la esquina y ella seguía sumergida en su libro mientras fumaba. Entré a un bar.

—Una cerveza —le dije al tipo de la barra. Él tampoco me miró y la apoyó frente a mí. Luego de la quinta ronda, me señaló mientras limpiaba unos vasos.

—¿Una mujer? —preguntó.

—¿Acaso los tipos beben por otra razón?

—Ya encontrará otra, así funciona.

—Y también la perderé y me sentaré en otro bar a beber todas las cervezas que pueda, así funciona.

—¿Quiere otra?

—¿Mujer o cerveza?

—Es lo mismo.

Pagué justo y salí. Ella ya no estaba ahí, tampoco Murakami. Encendí un cigarrillo y caminé por el sol. «Mierda, —pensé— necesito otra cerveza». Entré a otro bar en el que todos parecían estúpidamente felices. No era un buen lugar para un borracho. Ordené una cerveza. Todos a mí alrededor me miraban y yo los miraba a ellos. Tenía una lista en el bolsillo de las cosas que tenía que hacer.

No quería hacer ninguna. Lavar la ropa, comprar una bombilla. No era suficiente para mí, al menos no hoy. Pedí otra cerveza. La gente ya no se veía tan feliz. Brindé por eso. Volví a la calle, el sol estaba cayendo, se acercaba la mejor parte del día. Llegué a mi casa, abrí la puerta y ahí estaba ella, sentada en el sillón con su libro en la mano.

—Estás borracho —dijo.

—Creo que no todavía, pero lo estaré en un rato —dije escuchando palabras.

Se levantó, se acercó con su cigarrillo en la boca y me besó. Sonreí. Fue lo más parecido a la felicidad que había sentido en mucho tiempo.

—Lo siento —susurré—. No creo que pueda hacerlo. Me miré demasiadas veces al espejo para saber que no soy la persona que necesitas.

Ni siquiera me respondió. Ambos sabíamos que era verdad. Se fue y esta vez era para siempre. Abrí otra cerveza, me acerqué a la ventana y la vi marchar. Escupí, tiré la botella al otro lado de la calle y pensé que quizá esa noche sí podría escribir algunas líneas decentes.

2

Tuvieron que pasar unos días para que me diera cuenta de que el libro seguía ahí. Detrás del sillón. Mirándome. Realmente odiaba a Murakami. Lo odiaba porque me hacía recordar que ella existía. Eran las diez de la mañana. Demasiado temprano para empezar a beber. Caminé. Hacía mucho frío. Más del que me gustaba tolerar. «Debería largarme de aquí», pensé. El sol parecía congelado. Me gustaba la forma en la que el mar chocaba contra las escolleras.

Entré a un bar. Todo ahí se veía atemporal. Gente muerta sentada elegantemente sobre la barra. Lo mismo de siempre. Solo somos una silla vacía.

—Una cerveza.

Debería dejar de beber si no quiero terminar así yo también. No era tan malo. De todas formas, ya era un fracasado.

Un tipo se sentó al lado mío. Era un borracho, como yo. Dijo algo y le contesté con una sonrisa. Es más fácil fingir interés que tenerlo realmente. Hacía mucho tiempo que la gente dejó de interesarme. Volví a casa esperando verla en cada esquina. No sucedió. Nunca sucedía. Qué tan solos estamos a veces. Nadie me esperaba en ningún lugar. Eso es la soledad. Cada esquina sin ella lo es.

Abrí otra cerveza. Ya no sabía a nada. Ni la cerveza, ni la vida. La tomé de todas formas. No quería dormir. Era temprano. ¿Qué hace uno cuando no tiene nada que hacer? Bebe o duerme. Ya había hecho ambas. Todo se estaba volviendo tan predecible. El libro seguía ahí.



3

Bebía y leía. Murakami no era tan malo después de todo. Comenzaba a agradarme. De todas formas, me recordaba a ella. A decir verdad, y odio admitirlo, todo lo hacía. Era viernes. Debía ir en busca de algo. Una mujer. Una pelea. Algo. Pasaba la mitad de mi tiempo sentado en bares, aun así, no me cansaba de ellos. Cada uno tenía algo que ofrecer.

—Una cerveza.

No tenía demasiado dinero. Nunca quise tener demasiado.

El dinero solo compra problemas. Alguien debía haber escrito eso ya. Yo solo tenía tiempo y lo desperdiciaba pensando en ella. Hacía semanas que no sabía nada de su vida. Ya nada nos unía. Solo Murakami. «Nunca nadie te va a pisar tan fuerte como vos mismo», pensé. Alguien debe haber escrito eso también.

—Otra cerveza.

El tipo de la barra se acercó e intentó una conversación. Contesté con una sonrisa. Nada de lo que ese tipo pudiese decir me iba a importar. Salí a la calle. No quería estar ahí, ni en ningún otro lugar. Era de noche. Hacía frío, le di otra vuelta a mi bufanda negra de líneas rojas. «Podría beber otra cerveza mientras camino», pensé. Encendí un cigarrillo. Me gustaba ver como el humo salía de mi boca y se mezclaba con las luces de la noche. Me hacía sentir importante. Vi a una pareja discutiendo en la calle. Ella parecía muy enojada. Era atractiva. Él no tanto. Pasé al lado, el hombre me miró avergonzado. Ella pareció no verme. Seguía gritando.

—Ese podría haber sido yo —susurré aliviado.

Entré al bar de la esquina. El lugar era un basurero, pero la cerveza estaba fría y barata. No había música. El silencio acentuaba los sonidos de los borrachos. A los verdaderos borrachos no les importa nada más que estar tomando, no quieren música, no miran el celular, no intentan hablar con mujeres, ni buscan respuestas a preguntas que nadie hizo. El bar es una especie de submundo para ellos. Una iglesia y el barman su mesías. El alcohol ha hecho más milagros que Jesús. Eso es un hecho. Solo quieren beber la mayor cantidad de alcohol que sus bolsillos puedan pagar. Lo demás: no importa.

La puerta se abrió y se escuchó el sonido oxidado de las bisagras. Una mujer entró y se sentó a mi lado en la barra. Pidió un whisky y comenzó a llorar. Era ella, la que estaba discutiendo en la calle. Me miró. Intenté esquivar la mirada, pero estábamos demasiado cerca.

—Son todos iguales —afirmó con odio en su voz.

Vaya manera de empezar. No quería tener esa conversación.

—Creo que sí —dije sin levantar la cabeza.

—Son animales —continuó, mientras sus dedos bailaban sobre el vaso—. No saben lo que es el amor.

—¿Los animales?

—Ustedes, los hombres.

—No, no creo que lo sepamos, por eso somos más felices que las mujeres.

—Usted no se ve muy feliz, que digamos.

—Porque yo sí sé lo que es el amor.

Su mano se acercó a la mía. Nos tocamos. Había algo en la textura de su piel que me llamó la atención. Intenté sostener la mirada, pero algo me obligó a bajarla. Quise besarla, pero no me animé a hacerlo. Sentí que sacar provecho de su vulnerabilidad no era justo «¿Pero acaso no es lo que hacen los hombres?», me pregunté. Sacó una lapicera del bolso, tomó la palma de mi mano y anotó su número. Tenía un buen pulso. Me tocó la frente y salió. Sonreí. Creo que había visto algo así en una película. Apuré la cerveza de un trago. Parecía que mi suerte empezaba a cambiar.

La llamé a los pocos días. Cuando atendió, no sabía cómo llamarla. Ni siquiera nos habíamos presentado.

—Hola.

—Hola —repitió—. ¿Quién habla?

—Uno de los animales que no siente amor.

Rio. Imaginé su sonrisa. Había ensayado esa frase toda la mañana. Conversamos como si fuésemos dos adolescentes. Nada realmente interesante. Colgué. Teníamos una cita. Odiaba las citas. Las citas eran como las resacas, inevitables. Me faltaban unas pocas páginas para terminar el libro. Murakami lo había hecho de nuevo. Restaban aún muchas horas para mi cita. Decidí tomarme unas cuantas cervezas y escribir algo. No pude hacerlo. Todo lo que se me ocurría ya estaba escrito. Incluso este cuento. Ya era hora. Estaba nervioso. Una cita es una *performance* y yo nunca fui bueno actuando. Hay muy poco de verdadero en ese primer encuentro. Somos demasiado cuidadosos con lo que decimos, con como actuamos, hasta en nuestra forma de vestir. No somos verdaderamente nosotros, sino un intento de lo que deseáramos ser. Uno tiene que mostrar su mejor cara y, honestamente, no creo que ninguno de los lados de la mía sea muy bueno.



5

Caminamos. Ella parecía hacerlo en puntillas. Como si cada paso fuese parte de un compás. Quería saber sobre mi vida. Pero mi vida no era interesante. No quería hablar de ella. Entramos a un bar. Nos emborrachamos. Todo era real al final. Quise besarla. Y ella se alejó.

—No quiero besarte —dijo.

Esas exactas palabras. «Mierda, esto no debería suceder así», pensé. Me sentí despreciable. Más aún de lo que me sentía bebiendo solo en mi habitación. Me acarició como si fuese un perro. Supongo que pudo ver la decepción en mis ojos. La ilusión se había terminado. Al menos sucedió rápido. Ya no tenía que actuar más. Hablamos otro rato como si nada hubiese sucedido. No tardamos en despedirnos. Sabía que sería la última vez que la vería. Esa sí que fue una historia fugaz.

Era temprano para volver a casa. Entré a otro bar, al menos ahora sí tenía una razón por la cual beber. Se reiría de mí, pensé. Lo haría con sus compañeros de oficina o, peor, lo haría con su novio. «Sabes, ese tipo raro intentó besarme». Sí. Diría eso. El tipo raro me llamaría. Aún podía leer algunos de los números borroneados en la palma de mi mano. Otra cerveza. Y otra. Y otra y otra. Volví a casa tambaleándome. Hablando solo. Sonriéndome a cada ventana. Orgulloso. Me desperté y terminé el libro. Murakami debería aprender a escribir finales. Ya estaría en la oficina riéndose de mí. Maldita. Debería escribir algo sobre ella. Lo hice. No funcionó. Tomé un café y salí a dar un paseo. Todo se veía aburrido. Incluso

yo. Entré a una librería y vagué por las secciones leyendo los títulos. Me gustaba hacer eso.

6

Me despertó el teléfono. Eso siempre me ponía de mal humor. Era ella.

—Me olvidé mi libro en tu casa —dijo susurrando, casi sin despegar los labios.

—Creo que sí.

—¿Lo leíste?

—No.

—¿Por qué no?

—No me gusta Murakami.

—¿Y por qué no te gusta?

—Me recuerda a ti.

Colgó. El amor causa más problemas de los que te dicen cuando sos chico.

Debería buscar un trabajo. Eso me ayudaría a olvidarla y el dinero del anterior se estaba acabando. Realmente no era bueno para nada que requiera mucho esfuerzo o dedicación.



Comencé un cuento sobre ella. Sobre cómo la vi sentada en la vereda. Con sus lentes circulares y su estúpido libro de Murakami. Escribiendo, me di cuenta que la extrañaba. Por eso la escribía, para que aunque sea de esa manera, imaginaria e irreal, ella sea parte de mi mundo. Y aunque no pueda verla sonreír, es lindo saber que lo está haciendo. Bebía para olvidarla. Escribía para encontrarla. Ella era todo. Las oraciones. Las metáforas. Las palabras que se acumulaban en el papel eran ella. No quería terminarlo. Estaba entusiasmado, pensé que jamás volvería a sentir esa sensación. Abrí una cerveza y encendí un cigarrillo. La habitación se llenó de humo. Lo leí en voz alta. Pensé en enviárselo. Sabía que no iba a hacerlo. Estaba llegando al final. No quería escribirlo. Sabía que en esas tres letras acabaría todo. Miré al techo, buscando valor, exhalé todo el humo de mi boca y lo hice.

FIN